

PRÓLOGO

El libro que el lector tiene en sus manos recoge el conocido documento de Manuel García Morente titulado *El «Hecho extraordinario»*, el *Diario de los Ejercicios Espirituales*, practicados por el filósofo andaluz como preparación para recibir las Sagradas Órdenes, y un epistolario muy aumentado de nuestro pensador. Se trata de un conjunto de textos de singular relevancia escritos por su autor no para su publicación, pero que han ido viendo la luz tras su muerte, exceptuando unos pocos inéditos que ahora por primera vez aparecen. En todos ellos, se podrá observar de qué modo fe, vida y razón aparecen en íntima conexión, sustancialmente unidas¹.

1 En el presente volumen se encuentran reunidos todos los textos ya publicados bajo el género «Escritos autobiográficos» en la edición de *Obras completas* de Manuel García Morente, realizada por Juan Miguel Palacios y Rogelio Rovira –t. II, vol. 2, pp. 415-594, Fundación Caja de Madrid, Editorial Antrophos, Madrid, Barcelona, 1996, en adelante mencionadas como *O. c.*–, a los que se añaden setenta y cuatro cartas, dieciséis de ellas inéditas que ahora aparecen por primera vez, y el resto publicadas de forma muy dispersa en estos últimos años, cuyas referencias bibliográficas son las siguientes: Juan Miguel Palacios, «Vía crucis de un filósofo. Cartas inéditas de Manuel García Morente a Alberto Jiménez Fraud relativas al proceso narrado en *El Hecho extraordinario*», *Diálogo filosófico* (100), enero/abril 2018, pp. 57-85; Alberto Jiménez Fraud, *Epistolario II 1936-1952*. Edición de James Valender, José García-Velasco, Tatiana Aguilar-Álvarez Bay y Trilce Arroyo, Fundación Unicaja/Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2017, 1165 páginas. Antonio Jesús Nuño López, «Cartas inéditas del “hecho extraordinario” de García Morente (1938-1940) ¿Una nueva perspectiva?», *Res Pública. Revista de Historia de las Ideas Políticas* (Madrid), 21 (1) 2018, pp. 203-214; Javier Carballo, O. P., «Cartas inéditas de Manuel García Morente a Serapio Huici y a José de la Muela», *Estudios Filosóficos* LXVIII (2019) pp. 5-18; Óscar Valado Domínguez, *Manuel García Morente. Una vida a la luz de la correspondencia inédita con José Ortega y Gasset*, Editorial San Esteban, Salamanca, 2020, 149 páginas. Juan Carlos Infante Gómez, «Once cartas entre Manuel García Morente y José Ortega y Gasset», *Revista de Hispanismo Filosófico*, nº27 (2022) pp. 15-44; «Dos cartas inéditas entre Manuel García Morente y Xavier Zubiri», de próxima publicación en la Revista *Pensamiento*; «Ocho car-

El «Hecho extraordinario» es la carta que, en septiembre de 1940, poco antes de ordenarse sacerdote, entrega García Morente al doctor José María García Lahiguera, a la sazón director espiritual del Seminario Conciliar de Madrid. La excepcional profundidad de este escrito, cuya lectura resulta imprescindible para la correcta comprensión del resto de textos recogidos en esta edición, justifica que le prestemos la atención debida en esta breve introducción. En esta carta, Morente describe minuciosamente el itinerario del proceso de su conversión a la fe cristiana, que culminó en el excepcional suceso vivido durante las primeras horas del viernes 30 de abril de 1937, en el octavo piso del número 126 del Boulevard Sérurier de París, donde vivía exiliado desde hacía siete meses tras el estallido de la Guerra Civil española.

Esta carta nunca fue respondida por su destinatario, único conocedor de su existencia. Muchos años después del fallecimiento del pensador giennense, el Dr. García Lahiguera, siendo Obispo de Huelva, escribe en un diario madrileño:

El Señor me concedió la gracia (así lo considero) de dirigir espiritualmente el alma de García Morente, desde su entrada en el seminario hasta el día de su muerte. El martes de cada semana, humildemente arrodillado ante mí en el confesionario, recibía la absolución. ¡Qué alma tan agradecida por Dios! El padre Quintín Pérez, (quien traía entre manos la publicación de una obra titulada *Águilas que vuelven*), conocedor de mi trato íntimo espiritual con Morente, me pidió algunos datos con que entretejer el capítulo destinado a él en la obra que preparaba sobre intelectuales convertidos. [...] Di largas, hasta entregar al patriarca-obispo (doctor Eijo y Garay) las sesenta densas cuartillas que, escritas de puño y letra por Morente, revelaban la historia minuciosa del proceso de su conversión².

tas inéditas de Manuel García Morente a Miguel de Unamuno», *Diálogo Filosófico* (113), mayo/agosto 2022, pp. 305-329.

2 «Espiritualidad de García Morente», artículo publicado en el diario *ABC* el 7/12/1967, con motivo del veinticinco aniversario de fallecimiento del pensador giennense.

Tras la muerte del pensador andaluz, su hija mayor, poniendo orden en los papeles de su padre, encuentra el borrador manuscrito de la carta que García Lahiguera reconoce haber recibido, circunstancias que hicieron posible la publicación del original de *El «Hecho extraordinario»* por el padre jesuita Mauricio de Iriarte, en el libro *El profesor García Morente, sacerdote. Escritos íntimos y comentario biográfico* (Espasa-Calpe, Madrid, 1951)³.

A finales del mes de agosto de 1936, el yerno de Morente, el ingeniero geógrafo Ernesto Bonelli, fue asesinado por unos miembros de la F. A. I. de Jaén, «que en quince días que estuvieron en Toledo, asesinaron a más de trescientas personas»⁴ quedando su hija viuda muy joven, y huérfanos de muy pocos meses sus dos nietos. Destituido como decano de la Facultad de Filosofía, y depurado como catedrático por una comisión nombrada por el ministro de Instrucción Pública –el comunista Jesús Hernández–,

3 Tras haber sido encontrado el borrador de la carta por la familia de nuestro pensador, «Mauricio de Iriarte preguntó a Lahiguera si podía darle alguna información sobre Morente. “Mucho más que una información”, respondió Lahiguera. Y le entregó el manuscrito [...]», Manuel García Morente, *El «Hecho extraordinario»*, Buitrago de Lozoya (Madrid), *Estudios de Axiología*, 2016, 72 páginas, contraportada. Lo cierto es que, a excepción de don Leopoldo Eijo y Garay y de don Mauricio de Iriarte, no hay constancia alguna de que el doctor García Lahiguera diera a conocer a ninguna otra persona la carta original. Desde su primera edición, y junto con la ya reseñada, este singular escrito ha tenido las siguientes: *Pensadores católicos contemporáneos, Antología*, t. II., recopilada y prologada por A. Robert Caponigri, introducción por Martin Cyril D’arcy, S. J., adaptación y presentación de la versión castellana Alfonso Álvarez Bolado, S. J., Ediciones Grijalbo, Barcelona-Méjico, D. E., 1964, pp. 641-673; *O. c.*, t. II, vol., 2, pp. 415-441; Manuel García Morente *El «Hecho Extraordinario»*, con prólogo de Antonio Millán-Puelles, Madrid, Rialp, 1999, pp. 11-55; Javier Carballo, O. P., *Manuel García Morente, Relato de la conversión. El «Hecho extraordinario» y Diario de los Ejercicios Espirituales*, Salamanca, San Esteban ed., 2008; pp. 15-63; José María Montiu de Nuix, *Manuel García Morente. Vida y pensamiento de un filósofo*, EDICEP, Valencia, 2010, pp. 403-421 y Manuel García Morente *El «Hecho extraordinario»*, Madrid, Encuentro, 2015, con prólogo de Carmen Bonelli, nieta del filósofo andaluz, 70 páginas. El texto ahora publicado ha sido cotejado con la carta original recibida por su destinatario, que se conserva en el Monasterio Santa María de la Almudena de las Hermanas Oblatas de Cristo Sacerdote de Madrid, y con el borrador manuscrito que conserva la familia Bonelli Jáudenes.

4 Carta XXI «A Don José Ortega y Gasset».

el pensador giennense fue amenazado de muerte por ciertos elementos de la F. E. T. E., sindicato de trabajadores de la enseñanza. Avisado por Julián Besteiro de que su vida corría peligro⁵, consiguió salir de España con extremadas dificultades y riesgos, algunos de ellos descritos por su hija María Josefa:

Un amigo de juventud, Bernardo Giner –sobrino de don Francisco (Giner de los Ríos)– era a la sazón subsecretario de Estado, y le proporcionó el pasaporte y los medios para salir de España. Hay una anécdota muy característica de su salida. Pasó por Barcelona donde vivía un sobrino suyo –uno de los Perales–, el cual lo advirtió de la conveniencia de llevar, además del pasaporte sellado, otro sello o cuño del «Campesino» que con sus hombres asolaba entonces Cataluña. En el momento en que se iba a pasar la frontera, los milicianos del «Campesino» irrumpieron en el vagón y a un compañero de viaje que no llevaba ese sello lo sacaron y lo fusilaron tras las tapias de la estación⁶.

Agobiado y afligido por las enormes dificultades que fueron surgiendo para sacar a sus hijas y nietos de España, García Morente, haciendo un repaso general de todo lo que le había sucedido desde que comenzó la Guerra Civil, describe un riguroso y metódico proceso intelectual, racional y objetivo, que le llevó a un grave problema intelectual, así referido por el pensador andaluz: «Por un lado mi vida me pertenece, puesto que constituye el contenido real histórico de mi ser en el tiempo. Pero por otro lado esa vida no me pertenece, no es, estrictamente hablando, mía, puesto que su contenido viene, en cada caso, producido y causado por algo ajeno a mi voluntad»⁷.

5 Las actuaciones de Julián Besteiro, decano de la Facultad de Filosofía tras la destitución de Morente, fueron durante la Guerra Civil española, desde el punto de vista moral, verdaderamente impecables y ejemplares.

6 María Josefa García-Morente, «García Morente, íntimo», en «Centenario de Manuel García Morente», Instituto de Estudios Giennenses, Diputación Provincial de Jaén, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Jaén, 1987, p. 16.

7 *El «Hecho extraordinario»*, p. 15 de esta edición.

En definitiva, Morente plantea la cuestión de que mi vida –que «me es dada, pero no me es dada hecha», como diría Ortega⁸–, tengo que hacerla, en efecto, pero no la hago yo solo, sino que nos es dada u ofrecida con unos hechos y un contenido que no hemos elegido. La ordenada reflexión filosófica sobre el curso de su vida culminó en su conversión religiosa, tras la cual se añadió, recuperada ya su fe, el «hecho extraordinario», singular vivencia mística que tuvo lugar, insistamos en ello, tras haber accedido intelectivamente a Dios hecho hombre –«Ese es Dios, ese es el verdadero Dios, Dios vivo; esa es la Providencia viva [...] a ese sí que lo entiendo y ese sí que me entiende»⁹– y a quien, libre y enteramente, ya se había entregado en oración. Cabría pues distinguir en este opúsculo morentiano, por un lado, el extraordinario suceso descrito en la parte final del relato; y por otro, el que podríamos llamar el «hecho ordinario», referido al proceso intelectual de búsqueda del fundamento de sí mismo y de su propia vida al que se ve llamada toda persona humana, itinerario intelectual descrito magistralmente por Morente de forma fenomenológica, y que ocupa más de la mitad de sus páginas¹⁰.

8 *Unas lecciones de metafísica*, en José Ortega y Gasset, *Obras completas*, Alianza Editorial/Revista de Occidente, Madrid, 1988, t. 12, p. 47.

9 *El «Hecho extraordinario»*, pp. 23 y 24 de esta edición.

10 El lector de *El «Hecho extraordinario»* podrá observar cómo en el proceso intelectual iniciado por Morente, la música francesa de César Frank, Ravel y Berlioz le sumergió en «un estado de deliciosa paz», una fruición rigurosamente intelectual que le permitió «acceder intelectivamente» a Jesucristo. Para Xavier Zubiri, la fruición intelectual es uno de los modos de presencia de la realidad. Quede aquí sin más apuntada esta importante tesis del filósofo vasco. En otro lugar será, pues, necesario poner de relieve las razones por las cuales el proceso de conversión de Manuel García Morente podría ser considerado como ejemplo ilustrativo de la vía de la religación de Xavier Zubiri, como ya tuve ocasión de tratar, de forma incipiente, en mi tesis doctoral *Zubiri y Tomás de Aquino en torno a la existencia de Dios: contribuciones a la integración de las cinco vías y la vía de la religación*, archivada en formato electrónico abierto en el repositorio institucional «E-prints Complutense» de la Universidad Complutense de Madrid, pp. 125-135. (La expresión «hecho ordinario», referida al proceso intelectual descrito por Morente, me fue sugerida por Rogelio Rovira hace unos años en la fase de redacción de mi tesis, no por tratarse de un hecho común y frecuente, sino en tanto que la reflexión metódica y ordenada sobre el curso de su vida, admirablemente trazada por el pensador andaluz, podría constituir para toda persona humana una vía de acceso a Dios en su búsqueda de la verdad).

En cuanto al *Diario de los Ejercicios Espirituales*, practicados del 24 de septiembre al 5 de octubre de 1940, fue escrito por Morente en la más estricta intimidad, en la soledad de su habitación del seminario. Se trata de un documento de vida interior, de contenido profundamente religioso, en conversación con Dios y consigo mismo. En él aparece, entre otras muchas cuestiones, el problema intelectual ya referido en torno al problema de la libertad humana: mi vida me pertenece porque libremente la hago yo, pero con un trazado que yo no he elegido, y que también libremente podría rechazar: «La estatua no se rebela contra el escultor. Pero el hombre tiene libertad –que Dios le ha dado–. “Puede”, pues, rebelarse. Sí, puede. Pero no debe. O, mejor dicho, “debe” no rebelarse, sino libremente someterse. Esto es lo propiamente humano», y un poco más adelante añade: «La vida es un quehacer, el quehacer de sí mismo. Vivir, para el hombre, es construirse su vida, hacerse su vida. Tu vida y tú sois una sola cosa. Como haya sido tu vida, así eres tú y serás tú *in aeternum*»¹¹.

El «epistolario», tercera parte que compone este volumen, reúne ciento dieciocho cartas, incluidas las cuarenta y cuatro aparecidas total o parcialmente en las *Obras Completas* del pensador giennense. La posibilidad y conveniencia de la publicación de un epistolario más amplio fue ya claramente apuntada por Juan Miguel Palacios y Rogelio Rovira en su prólogo, y a ello responde la presente edición constituyendo su principal objetivo¹². En este volumen se publican las cartas siguiendo un orden cronológico,

11 *Diario de los Ejercicios Espirituales*, pp. 43 y 65 de esta edición. Este singular documento fue primeramente publicado en M. de Iriarte, *El profesor García Morente, sacerdote. Escritos íntimos y comentario biográfico*, Madrid, Espasa-Calpe, 1951, pp. 168-227; también en Manuel García Morente, *Ejercicios Espirituales*, presentación por Mauricio de Iriarte, Espasa-Calpe, Madrid, 1961, 169 páginas; en *O. c.*, t. II, vol. 2, pp. 442-500, y en Javier Carballo, O. P., *Manuel García Morente, Relato de la conversión. El «Hecho extraordinario» y Diario de los Ejercicios Espirituales*, Salamanca, San Esteban ed., 2008, pp. 65-169, con la inclusión de algunas frases, no publicadas en ediciones anteriores, que aparecen en el manuscrito original que custodia la familia Bonelli Jáudenes.

12 *O. c.*, Prólogo, t. I, vol. 1, pp. XXXIV y XXXV.

en el que pueden distinguirse dos periodos: el primero de ellos, de veinticuatro años con dos largos intervalos sin correspondencia, abarcaría tan sólo las primeras veinte cartas, anteriores a su conversión al catolicismo, y que se extienden desde la enviada el 4 de febrero de 1912 hasta la fechada el 14 de julio de 1936, ambas dirigidas a Ortega; el segundo periodo, que se inicia tras el estallido de la Guerra Civil, comprende el último sexenio de la vida de nuestro pensador, abarcando las noventa y ocho cartas restantes, extendidas desde el 4 de octubre de 1936 –dirigida también a Ortega desde su exilio en París– hasta el 24 de septiembre de 1942 –la carta al Padre Alberto Barros–. Prácticamente todas las de este segundo periodo ilustran, de forma variable, el itinerario de su proceso de conversión iniciado en la capital francesa.

Tras el comienzo de la contienda, la voluntad de no convivir y radical discordia entre españoles supuso una primacía de lo político y una atroz simplificación de la realidad social que afectó gravemente las relaciones personales, tras una de las épocas de mayor esplendor cultural vivida en España: «Francamente te digo [dice Morente en una de sus cartas] que temo mucho que en bastante tiempo nuestro país sea inhabitable, sobre todo para intelectuales, cualquiera que sea el resultado de esta horrible contienda. [...] Actualmente se quiere, se exige la adhesión a una “doctrina”, a una secta, a un partido; y el que desea como nosotros poder tributar su cariño, su aprecio, su adhesión a personas y a obras independientemente de toda doctrina, secta o partido, resulta ajeno y es tratado como enemigo por todos, unos y otros»¹³.

La claridad excepcional de sus libros y ensayos filosóficos, su poder de evocación y admirables descripciones como orador y conferenciante, son parangonables a la calidad y belleza literaria de su correspondencia privada y del resto de escritos personales e íntimos que recoge la presente edición. El carácter reflexivo y apasionado de nuestro pensador –«soy tan extremoso en todo»,

13 Carta XXXIII, «A Don Alberto Jiménez Fraud».

dice él de sí mismo»¹⁴— se deja ver en su prodigiosa sensibilidad literaria, capaz de desvelar al lector —también de forma poética— lo más valioso y profundo de las realidades que describe: «Llegamos a las once a Tuy. ¡Ciudad dormida en la ladera de un montículo junto al río Miño! No se ve gente por la calle. No se oye nada. El silencio es impresionante. Los pasos resuenan sobre las losas de las calles, estrechas, que ascienden a la catedral. La catedral y el palacio episcopal están en lo alto del pueblo y dominan éste y todos los contornos y todo el valle del río Miño, azul. Las casas se tienden a los pies de la catedral y del palacio; casas viejas con escudos señoriales, pero abandonadas, empobrecidas, silenciosas, solitarias. [...] No os podéis figurar el encanto que para mí tiene precisamente esta paz, este silencio, esta como modorra de ciudad moribunda. ¡Lo que me gustaría vivir en Tuy!»¹⁵.

El fin que ha guiado la búsqueda de nuevas cartas ha sido el de publicar un epistolario completo, lo que bien mirado constituye un ideal casi inalcanzable, al no ser posible excluir definitivamente la labor de recogida de otras misivas hoy desconocidas que pudieran ir apareciendo, y que por su valor biográfico, filosófico o religioso merecieran ver la luz¹⁶. En todo caso, no estará de más reparar en la reacción que tuvo Morente ante la publicación de una de sus cartas privadas llevada a cabo por uno de sus amigos:

14 *Epílogo*, «García Morente, nuestro padre», p. 442 de esta edición.

15 Carta XCV *A sus hijas, tía y cuñada*.

16 Al cierre de esta edición no ha sido encontrada la carta que García Morente dirigió a Julián Marías, tras el acto en el que fue calificada de suspenso su tesis doctoral, con el expreso voto en contra del pensador giennense que presidía el tribunal. Corría el mes de enero de 1942. «Nada de académico tuvo aquello» —dice Marías— «el tribunal parecía más bien el de una “cheka” [...] Reunido el tribunal para deliberar, declararon que la tesis debería ser suspendida. “¿Quiéren ustedes decir, preguntó Morente, que sea devuelta?”. No, respondieron, que sea calificada de “suspenso”. “Será con mi voto en contra”, dijo Morente, y salió con gesto de indignación. [...] Morente me escribió una carta en la que expresaba su consternación y decía que mi tesis era la mejor que recordaba en muchos años en la Facultad; y me autorizaba a hacer el uso que quisiera de su carta. No hice ninguno». Nueve años después, la misma tesis doctoral, con algunas adiciones, pudo ser defendida por Marías en la misma Facultad, obteniendo la calificación de Sobresaliente. J. Marías *Una vida Presente*, *Memorias 1*, Alianza Editorial, Madrid, 1988, pp. 319-323 y 383-384.

«Íntimamente le agradecí [comenta al amigo] el gesto de publicar mi carta. El primer momento fue –se lo confieso a usted– más bien de pena y enojo al ver mi intimidad puesta a la pública curiosidad, en todos sus detalles, incluso los domésticos y crematísticos. Pero bien pronto reaccioné en un sentido más objetivo y comprendí que no tenía derecho a quejarme, sino, por el contrario, que debía agradecer el acto por el cual mi actitud y el conocimiento de ella pudieran proporcionar algún bien a nuestros ambientes»¹⁷.

En el presente volumen han sido excluidos algunos documentos y cartas, hallados por diversos medios de investigación, al carecer de esa condición necesaria relativa a su valor o significación¹⁸. El lector encontrará un índice cronológico de cartas y un índice de corresponsales por orden alfabético. Asimismo, todos los textos recogidos en el «epistolario» llevan una nota con la información bibliográfica de sus ediciones anteriores, o bien referida a su carácter inédito, o a su transcripción mediante el cotejo con los originales, según los casos. Junto con dichas notas bibliográficas, el lector encontrará otras más que tratarán de facilitar la comprensión del sentido y significado de cada una de las cartas. Las notas son originales, salvo que se indique expresamente lo contrario. De esta manera, las ya publicadas

17 Carta LXXIV A *Don Antonio Obregón*.

18 Me refiero a diecinueve cartas y escritos enviados por Manuel García Morente a José de Castillejo, Presidente de la Junta de Ampliación de Estudios, en torno a la tramitación de su solicitud presentada para su nombramiento como pensionado, y otras cuestiones administrativas, con motivo de sus estudios en Berlín y en las Universidades de Marburgo, Munich y Leipzig, realizados entre enero de 1910 y la conclusión del semestre de verano de 1912; también, a quince de las dieciocho cartas encontradas remitidas a Antonio Moxó, trabajador de la Editorial Calpe, que se extienden desde el 2 de septiembre de 1923 al 9 de octubre de 1927, relativas al envío de ciertas notas bibliográficas, trabajos de imprenta y otros asuntos menores. Obsérvese que tres cartas a Moxó, por su interés, sí han sido incluidas en el presente volumen (Residencia de Estudiantes. Madrid); y, por último, a tres cartas dirigidas a Ortega, una de ellas relativa a la imprenta donde publicar uno de los tomos de *El Espectador*, y las otras dos de carácter meramente administrativo, en torno a la planificación de cursos y horarios en la facultad, y a la convocatoria de reunión de un tribunal del que formaba parte– (Archivo José Ortega y Gasset. Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón).

en ediciones anteriores se especifican con las siglas «N. del E.», y las iniciales de su editor si ello resultara necesario.

La presente edición finaliza con el «epílogo» titulado *García Morente, nuestro padre*, excepcional documento, escrito por sus dos hijas con motivo del centenario de su nacimiento, que nos ofrece una visión personal e íntima de nuestro filósofo de extremado valor, sin el cual este volumen quedaría incompleto. En este singular escrito, se evocan «¡los días de París...el viaje a la Argentina... la estancia en Tucumán...!»¹⁹. En efecto, tras nueve meses de separación, la familia de Morente –cinco mujeres y dos niños– consiguió salir de España produciéndose el anhelado reencuentro en París. Durante uno de esos días, de convivencia cordial y próxima en la capital francesa, Xavier Zubiri comentó a la hija mayor de Morente: «María Pepa, a tu padre algo le ha pasado; no sé decirte qué, pero veo en él una persona distinta»²⁰.

En pocos días, el pensador andaluz arregló el viaje de toda la familia a la Argentina, atendiendo al ofrecimiento que su antiguo amigo el profesor Alberini, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, le había hecho unos meses an-

19 *Epílogo*, «García Morente, nuestro padre», p. 459 de esta edición. Este entrañable testimonio biográfico, escrito por M^a Josefa y Carmen García Morente, fue publicado por primera vez en Manuel García Morente, *Escritos desconocidos e inéditos*, edición preparada por Rogelio Rovira y Juan José García Norro, con prólogo de Antonio Millán-Puelles, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1987, pp. 459-483; y posteriormente en *O. c.*, t. II, vol. 2, pp. 573-594.

20 Testimonio personal de la nieta de Morente, Carmen Bonelli, al autor de este prólogo. Xavier Zubiri se encontraba también en la capital francesa tras haber sido expulsado de Roma por la policía italiana y depurado en Madrid por la Comisión especial nombrada por el ministro comunista Hernández. Al igual que ambos pensadores, muchos otros intelectuales tuvieron que huir del bando republicano estallada la Guerra Civil compartiendo su exilio en París, como Ramón Menéndez Pidal, Teófilo Hernando, Azorín, y los tres fundadores de la «Agrupación al Servicio de la República»: José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala, dimitiendo este último al comenzar la contienda de su cargo de embajador de la República Española en Londres, marchándose también exiliado a París. Pío Baroja tuvo que exiliarse también a la capital francesa tras su huida del bando nacional, después de haber sido arrestado por las fuerzas carlistas en Santesteban (Navarra) el 22 de julio de 1936.

tes, para desempeñar las cátedras de Filosofía y Psicología en la Universidad de Tucumán. Su éxito académico y profesional en la citada Universidad fue concluyente, pudiendo recobrar la familia la felicidad y el sosiego en la intimidad del hogar, tras el desgarrero de la separación y el sufrimiento padecido a raíz del estallido de la Guerra Civil. Sin embargo, no comunicó su conversión a la fe cristiana a ninguna persona, ni siquiera a las de su entorno familiar. Con las elevadas temperaturas del verano austral la familia Morente se traslada a Tafí del Valle, una pequeña aldea de los Valles Calchaquíes situada a dos mil metros de altura. María Josefa García Morente, su hija mayor, se pregunta: «¿Fue quizás en aquellas soledades inconmensurables donde tomó la determinación de volver a España? Es muy probable»²¹. Lo cierto es que, tras regresar a Tucumán y tener que hacerse cargo de nuevo de sus cátedras, el pensador andaluz decidió enviar al obispo de Madrid-Alcalá, don Leopoldo Eijo y Garay, una larga carta detallándole su proceso espiritual de conversión y pidiéndole «que V. I. se digne tomarme bajo su protección episcopal y personal, procurándome los medios para regresar a España y ponerme en el menor tiempo necesario en condiciones de ser apto y digno de recibir las sagradas órdenes de manos de V. I.»²².

Días después, Morente anunció a sus hijas la «verdadera necesidad» que tenía de regresar a España, pero sin desvelar todavía las razones últimas que le movían a ello. Y antes de emprender su regreso, invitado a pronunciar unas conferencias en diversas Universidades del país por el extraordinario prestigio social y aca-

21 María Josefa García-Morente, «García Morente, íntimo», en *Centenario de Manuel García Morente*, Instituto de Estudios Giennenses, Diputación Provincial de Jaén, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Jaén, 1987, p. 17.

22 Carta LIV «A Monseñor Eijo y Garay». En esta misma carta el pensador giennense recuerda al señor Obispo «nuestro regreso juntos de América en el Cabo san Agustín», un viaje de más de veinte días de duración que tuvo lugar en 1934 tras la primera estancia de García Morente en Argentina. Repárese en que desde 1930 el pensador andaluz y el Obispo de Madrid-Alcalá mantuvieron excelentes relaciones personales (Cfr., *El Hecho extraordinario*», p. 37 de esta edición).

démico que había adquirido en Argentina, hizo en ellas varias alusiones a la religión cristiana, cosechando un considerable éxito. También en la capital bonaerense pronunció unas conferencias sobre el tema de Dios, desgraciadamente desaparecidas, que tuvieron como las anteriores una excelente acogida, referidas en una de sus cartas a una editorial, en la que dice: «Sigo creyendo, como en mayo de 1938, cuando hablé del tema de Dios en Buenos Aires, que se puede y se debe verter toda la verdad cristiana católica (sin menoscabarla en lo más mínimo) dentro de las formas y en el ambiente intelectual de la filosofía contemporánea. Y confío en que Dios mediante, estaré algún día en condiciones de hacerlo»²³.

Tras recibir un telegrama del Obispo de Madrid, nuestro pensador rescinde su contrato con la universidad y embarca con su familia en Buenos Aires rumbo a España; y a su paso por Bahía (Brasil) lee a sus hijas la carta ya mencionada que había enviado al señor Obispo. Semanas después desembarcaron en Lisboa y se desplazaron a Vigo, ciudad de residencia de Monseñor Eijo y Garay, en la que también la familia Morente decidió alojarse. Desde esta capital, el pensador andaluz escribió a sus amigos más próximos, entre ellos, en primer lugar, a Ortega, y seguidamente a Xavier Zubiri, Alberto Jiménez Fraud y otros más. La relevancia de estas cartas es excepcional, pues en ellas nuestro pensador comunica a sus personas más cercanas su resolución de abrazar la vida religiosa y de recibir las sagradas órdenes. Quede a juicio del lector apreciar los distintos matices, coincidencias y diferencias que pudieran existir entre ellas según su destinatario. Lo cierto es que la carta a Ortega nunca fue respondida por el pensador madrileño²⁴.

23 Carta XCII «A la editorial Espasa-Calpe». Lamentablemente, en la actualidad el archivo de Espasa-Calpe se encuentra inoperativo y no se puede consultar.

24 En total son doce las cartas escritas en Vigo por Morente, que se extienden desde el 10 de julio de 1938 –carta LVI «A Don José Ortega y Gasset»– al 6 de septiembre del mismo año –carta LXVII «A Don Juan Zaragüeta»– y que conviene leer de forma seguida e ininterrumpida. En cuanto a su relación epistolar con Ortega, tras el estallido de la Guerra Civil, durante el tiempo que ambos pensadores estuvieron separados –puntualmente durante su exilio en Francia hasta que el filósofo madrileño pudo llegar a París en

noviembre de 1936, donde pudieron convivir durante cinco meses, hasta el 28 de abril de 1937, fecha que marca tristemente su separación física definitiva al marchar Ortega desde la capital francesa a Holanda— Morente remitió al pensador madrileño una copiosa correspondencia de la que nos han llegado un total de trece cartas. La admiración del filósofo andaluz hacia el pensamiento de Ortega, y la estrecha e inquebrantable amistad que mantuvieron ambos pensadores, han resultado muy conocidas desde la publicación de cinco artículos periodísticos en el diario *El Sol*: en «El “curso” de Ortega y Gasset», de 1, 9, 25 y 29 de junio de 1929 (*O. c.*, t. I, vol. 2, pp. 484-503); y en «Carta a un amigo: evolución filosófica de Ortega y Gasset», de 8 de marzo de 1936 (*O. c.*, t. I, vol. 2, pp. 536-541). Pues bien, cuando Morente envía a su amigo Ortega la carta fechada en Vigo, en la que le comunica su resolución de ordenarse sacerdote, el filósofo madrileño pasaba el periodo estival en San Juan de Luz con su salud muy debilitada. Finalizado el verano, Ortega empeoró gravemente teniendo que ser operado de urgencia, al borde de la muerte, en París. (Cfr., carta LXXVI «A Don Gregorio Marañón»). Su recuperación, lenta y penosa, transcurrió siguiendo distintos y largos periodos de convalecencia en Portugal y en la ciudad de Vichy. En la primavera de 1939 se trasladó Ortega a París donde toma un tren hacia Cherburgo, embarcando rumbo a la Argentina para impartir unas conferencias en Buenos Aires. Según afirma su hijo José, la amargura y el sufrimiento físico y moral padecidos por su padre en la Argentina se confirma en varias cartas que escribió a Victoria Ocampo. En una de ellas, dice Ortega: «Cuando las bases de nuestra vida se han roto o están gravemente enfermas, no es posible contar lo que nos pasa ni al mejor amigo porque no puede sin más entenderlo [...]. No: hay que callar, aguantar y sumergirse en un rincón. Cada vida es intrasferible y, por lo mismo, inefable». En cuanto a la actitud que tuvo Ortega ante la conversión de su amigo, su hijo José dice: «Alguna vez que comenté con mi padre la conversión de Morente, él me dijo que no le extrañó nada porque venía ya percibiéndola desde antes de la Guerra Civil. Ésta, con las tragedias y penosidades que aportó a Morente, no hizo más que aflorarla a la superficie» (José Ortega Spottorno, *Los Ortega*, Taurus/Santillana Ediciones Generales, S. L., Madrid, 2002, pp. 387 y 223, respectivamente). En el mismo sentido, Antonio Millán-Puelles, discípulo de Morente desde el curso 1941/42 hasta la fecha del fallecimiento del pensador giennense, ha dado a conocer una pequeña anécdota de Ortega que contó el filósofo andaluz a todos sus alumnos: «cómo se disgustó con él —nos dijo Morente— “mi queridísimo maestro José Ortega”. Se enteró Ortega de que Morente quería ser sacerdote en un pueblecito pequeño, una localidad en la provincia de Toledo de pocos vecinos. El maestro le escribió: “No me extrañó nada su conversión. La esperaba. Pero no me gusta nada eso de que quiera convertirse en un vulgar cura de misa y olla”». («Conversaciones. Entrevista a Antonio Millán-Puelles». «El refrán quien mucho abarca, poco aprieta no se aplica en Metafísica», «Alejandro Llano y Rafael Llano, 1998», en Antonio Millán-Puelles, *Obras completas*, Asociación de Filosofía y Ciencia Contemporánea, Ediciones RIALP S. A., Madrid, 2018, t. XII, p. 789). No obstante, no hay constancia alguna de que la última carta de Morente fechada en Vigo fuera respondida por el pensador madrileño. El matrimonio Ortega desembarcó en Lisboa en marzo de 1942, ciudad en la que se instaló durante varios años. Su hija Soledad se trasladó a la capital portuguesa

El prestigio intelectual y moral de Morente fue en todo tiempo muy alto, tanto en el ámbito universitario como en su vida privada y familiar. Alejado de convicciones religiosas desde sus años de bachillerato, su honestidad ética le hacía pensar en la necesaria fidelidad que toda persona debía tener a sus propias creencias, reflejo de su apertura hacia el hecho religioso que le caracterizó siempre²⁵.

para recibirlos. Poco antes de ponerse en camino, el presbítero García Morente le manifestó: «Dile a tu padre, de mi parte, que soy profundamente feliz» (testimonio personal de la nieta del pensador andaluz, Carmen Bonelli, al autor de este prólogo). Pero parece que Ortega tuvo también otra reacción, que le hizo pensar que el filósofo andaluz tras su conversión no era el Morente que él había conocido, según se deduce de lo afirmado por Pedro Sainz Rodríguez en uno de sus artículos: «Pregunté a Ortega cierto día en Lisboa: “¿qué le parece la decisión de Morente?”. Y me respondió a la gallega: “¿es que usted no sabía que fue siempre un epiléptico?”», («Manuel García Morente. Aula de honradez», publicado en el diario *ABC*, el 26/12/1985). No obstante, nunca hubo ruptura entre ambos pensadores. En un libro sobre la vida de Ortega, su hijo primogénito, Miguel, refiriéndose al fallecimiento de Manuel García Morente, escribe: «Fue para mi padre un desgarrón enorme. Me dijo: “es el primero de los nuestros que se marcha”». Hasta su muerte, el pensador giennense siempre mantuvo con los hijos de Ortega una relación cercana y de mutuo afecto (Miguel Ortega, *Ortega y Gasset, mi padre. Un visión íntima y emocionada del primer filósofo español*, Barcelona, Editorial Planeta, 1983, p. 158).

- 25 Tres importantes testimonios así lo atestiguan. El primero de ellos de Manuel Mindán, alumno de Morente en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Madrid, siendo él ya Decano, relativo a una de las clases impartidas por su maestro: «En cierta ocasión, uno de los compañeros, recién converso al catolicismo, realizó el trabajo encomendado en la clase con el entusiasmo religioso de un neófito. Cuando el profesor, después de leído, invitó a los compañeros a hacer la crítica del mismo, se levantó uno de estos, no creyente, y atacó duramente el trabajo por su fondo religioso, diciendo que eso eran actitudes sobrepasadas y propias de gente no intelectual y menos culta. El profesor se le quedó mirando fijamente y después de un momento de silencio le dijo: “No tiene Vd. razón para ponerse así ni para decir lo que ha dicho. El hecho de que su compañero cuente con Dios en su trabajo puede deberse a una superioridad y no a una inferioridad. Es posible que su compañero tenga un sentido que a Vd. y a mí nos falta: el sentido de lo divino”. Esta actitud de Morente me hizo impresión, por eso cuando más tarde oí hablar de su conversión fue algo que no me extrañó del todo», (Manuel Mindán Manero, *Testigo de noventa años de historia. Conversaciones con un amigo en el último recodo del camino*, Zaragoza, 1995, pp. 289-290). El estudiante converso al catolicismo, mencionado por Mindán, era su compañero Leopoldo-Eulogio Palacios, quién años después, siendo ya miembro de la Real

Una consideración y respeto hacia lo divino que derivaba de su actitud filosófica clásica, ya claramente apuntada y definida por él en 1923: «Llamo clásico al afán de pureza, al empeño de no mezclar y confundir las cosas, al deseo de penetrar en lo peculiar y típico de cada objeto, en vez de reducirlo a otras formas adyacentes»²⁶.

Esta actitud filosófica poseída por Morente, que regía también su vida, nos explica su reconocimiento del singular suceso sobrenatural acontecido en París, no como una ilusión o engaño, sino como un hecho razonable —«si se me demuestra que no era Él o que yo deliraba, podré no tener nada que contestar a la demostración; pero tan pronto como en mi memoria se *actualice* el recuerdo, resurgirá en mí la convicción inquebrantable de

Academia de Ciencias Morales y Políticas y Catedrático de Lógica de la Universidad de Madrid, escribió lo siguiente sobre Manuel García Morente: «Cuando le volví a ver después de la tragedia del año 36, el maestro llevaba ropas talaras. Para otros fue aquello un cambio brusco; para mí, no. Le había oído varias veces expresarse con esperanzadoras simpatías hacia el catolicismo. Una mañana de invierno, siendo yo alumno suyo de Ética, mientras explicaba una página de la Fundamentación de la metafísica de las costumbres, nos hizo una observación encomiástica del sacramento de la penitencia. Recuerdo muy bien haber comentado un día con don Ramiro de Maeztu aquel rasgo, al que podían haberse unido otros muchos. Como, por ejemplo, el donoso decir con que comentó en clase, frente a las pretensiones de un estudiante marxista, la frase consabida de que “la religión es el opio del pueblo”» (Leopoldo-Eulogio Palacios, «El maestro Manuel García Morente», *Ateneo*, núm. 32, 11 de abril de 1953, p. 4). También, en el mismo número de la revista *Ateneo*, Gregorio Marañón en su artículo «Mi recuerdo de García Morente», escribió: «Su vida interior creo que estuvo siempre, aun en los momentos en que menos lo pareciera, en inminencia de derramarse hacia Dios». *Op. cit.*, p. 24. Una sensibilidad religiosa, finalmente, que hizo a Morente esperar una mirada hacia Dios desde la filosofía de la razón vital, muchos años antes de su conversión. Así, en el largo artículo periodístico suyo de 1929 titulado «El “curso” de Ortega y Gasset» (cfr. nota 24), dice el pensador giennense: «Desde sus primeros pasos por la senda filosófica, Ortega y Gasset se sintió irremisiblemente atraído por el problema más hondo: ver cómo de la fuente vital brota todo cuanto es y vale en el universo. Ahora, ya logrado el primer objetivo de sumergirse en el seno primordial de la vida, va siguiendo sus ramificaciones, sus creaciones, sus descubrimientos, que a tan alto pueden llegar que alcancen al Supremo Ser, a Dios mismo, eterno e infinito, depósito de toda vida». *O. c.*, t. I, vol. 2, p. 502.

26 *O. c.*, «El chiste y su teoría» t. I, vol. 2, pp. 187-193.

que era Él, porque lo he percibido»²⁷-. Del mismo modo, su sensibilidad religiosa justifica la prontitud con que nuestro pensador respondió a las consecuencias que ese suceso místico produjo en su alma -«Al día siguiente del Hecho tomé ya la resolución de consagrarme a Dios y abrazar el estado sacerdotal»²⁸-. Un proceso de conversión, en fin, que le permitió profundizar hondamente en su actitud filosófica, otorgando un sentido más preciso al adjetivo «clásico» a raíz de sus estudios de la filosofía del Doctor Angélico: «El concepto de lo clásico puede reducirse a tres notas características; primera: el predominio de la atención a lo diverso y diferencial sobre la atención a lo común y general; segunda: la intuición de las jerarquías dominantes en las distintas formas de realidad, y tercera: respeto a la objetividad»²⁹.

Y en cuanto al contenido de su pensamiento tras su conversión, tan sólo apuntar que Manuel García Morente nunca renunció al magisterio de Ortega, sino que, más bien al contrario, la recuperación de su fe vino a otorgar una nueva luz a la filosofía de la razón vital, cuyas concepciones no tuvo tiempo de integrar con el pensamiento de Tomás de Aquino y la verdad cristiana católica. Una nueva luz que movió a Morente a buscar otra noción de «vida» más allá de Ortega, por parecerle insuficiente la que tenía el filósofo madrileño. En efecto, para el pensador andaluz mi vida la hago yo, pero con un trazado circunstancial y vocacional no elegido por mí, que podría libremente aceptar o rechazar, y que me es dado o propuesto no por el puro azar. Lo que llevó a Morente a introducir en su concepción de vida la idea de «providencia», junto con la idea de «libertad» como aceptación de la voluntad de Dios³⁰.

27 *El «Hecho extraordinario»*, p. 28 de esta edición.

28 *El «Hecho extraordinario»*, p. 35 de esta edición.

29 *O. c.*, t. II, vol. 2, «El clasicismo de Santo Tomás», pp. 91-104. Cfr., Rogelio Rovira, «Manuel García Morente y la idea de lo clásico», *Revista de Occidente*, 60 (1986), pp. 89-104.

30 Las pinceladas trazadas tenuemente en este prólogo en torno a la actitud filosófica clásica poseída por Manuel García Morente, así como a la repercusión que en su pensamiento tuvo su conversión a la fe cristiana, han sido tomadas de la exposición que Rogelio Rovira ha hecho de la filosofía morentiana en varias de sus clases universitarias.

Ya solo queda, lector, adentrarnos en la intimidad del pensador giennense a través de las páginas de este libro. Guardemos silencio. Y hagámoslo movidos por las palabras con las que Juan Miguel Palacios finaliza su ensayo «La ética de García Morente»:

Llegados a este punto es ya mejor callar, pues, como él mismo dijo hablando de Bergson, «¿quién sabe?, ¿quién sabrá nunca lo que hay en el fondo de un corazón humano?». Para evocar el suyo en sus últimos años, creo más elocuente reproducir aquí una pequeña esquela manuscrita que también encontré entre sus papeles y que nos autoriza a imaginar a este cura filósofo, vestido de sotana, sentado en su despacho del colegio madrileño de la Asunción, mirando amanecer por la ventana. El papel dice así: «Amanecer. Sobre el cielo que empieza a blanquear, una estrella sola, gruesa como un puño. Imponente silencio. Yo y Dios. Dios mío, por qué me has abandonado. Pero no. Grandísima paz de Cristo»³¹.

Juan Carlos Infante Gómez
Doctor en Filosofía

Resultaría pues necesario exponer en otro lugar lo que en este prólogo tan sólo ha podido ser apuntado, así como otras muchas cuestiones del pensamiento de García Morente tratadas con suma originalidad por Rovira en sus lecciones de la Facultad de Filosofía.

31 Juan Miguel Palacios, *Bondad moral e inteligencia ética. Nueve ensayos de la ética de los valores*. «La ética de García Morente», Ediciones Encuentro, Madrid, 2008, p. 105.